

RESEÑA

Título: HUMEDAD VARIABLE EN EL CABO DE SAN TADEO

Autor: Roberto Villar Blanco, ganador del XXXI Premio “CUENTOS CIUDAD DE CORIA” 2021 de la Diputación de Cáceres

Edita: Diputación Provincial de Cáceres

El protagonista de “El nuevo”, uno de los relatos de *Humedad variable en el Cabo de San Tadeo*, el libro con el que Roberto Villar Blanco ganó la trigésimo primera edición del Premio de Cuentos “Ciudad de Coria”, es Gutiérrez, un ventrílocuo en horas bajas que, en una patética huida hacia adelante, encarga al doctor Héctor Wood, constructor de muñecos, un nuevo compañero con el que renovar su espectáculo y tratar de recuperar el favor del público. De esa manera nace Pipo, un títere para el que decide inventar una nueva voz con resultados que, desde luego, no voy a desvelar.

Si comienzo hablando de ese cuento es porque, bien pensado, el escritor algo tiene de ventrílocuo, de individuo capaz de impostar voces que nos hablan, que parecen reales y que despiertan en nosotros emociones que van desde el llanto hasta la risa. Además, los dos, el escritor y el ventrílocuo, firman con sus lectores y espectadores un pacto tácito que es el que hace que la ficción que tienen delante de sus ojos se sostenga. Lo curioso —y ahí estriba una de las diferencias entre ambos— es que en el caso de los ventrílocuos, incluso en el de los que son capaces de articular palabras sin el más mínimo temblor en los labios, nadie en su sano juicio puede llegarse a creer que el muñeco sea real, que sea él quien habla de verdad, mientras que cuando se trata de escritores, sobre todo si escriben en primera persona, es frecuente que lectores perfectamente lúcidos, incluso muy léidos, sean incapaces de distinguir al autor de su narrador o de su

voz poética y atribuyan obstinadamente lo dicho a quien lo ha escrito, y que incluso nos miren con recelo si intentamos hacerles ver que están equivocados, que no es así, y si eso sucede, si se mantiene de manera tan pertinaz esa confusión, es por la fuerza que tienen muchas de esas voces construidas solo con palabras.

La del narrador de los relatos de *Humedad variable en el Cabo de San Tadeo* es una de esas voces potentes que otorgan verosimilitud, a ratos casi realidad, a lo que cuentan. No se trata, sin embargo, de una voz en primera persona, sino de una omnisciente, pero eso no es obstáculo para que nos parezca real, pues suena sólida y segura y mantiene en todo momento un cierto tono de escepticismo, de descreimiento, como si se tratase de alguien de vuelta de todo que se asomase al mundo y a sus personajes con un punto de indiferencia, con una actitud casi de entomólogo que solo traiciona a ratos, cuando deja colarse discretos, entre sus líneas, contundentes ramalazos de ternura.

Esa voz tan peculiar sería uno de los elementos que confieren unidad al volumen de relatos. El otro sería la geografía en la que suceden, el Cabo de San Tadeo, un territorio literario que para muchos, seguro, resultará reconocible, pues estoy seguro que está construido con retazos de paisajes reales. Y si el escepticismo es, quizá, lo que caracteriza la voz que entona estos cuentos, la decadencia es lo que define el espacio en el que tienen lugar, las playas, puertos y puntas del Cabo de San Tadeo, en el que los edificios y objetos, y muchos de los individuos que lo habitan, parecen estar corroídos por el salitre. Es el caso del ventrílocuo Gutiérrez, del *voyeur* que protagoniza “La nadadora”, del viejo ídolo de la canción ligera de “Margarita salvaje” o del cuarentón recién divorciado que recorre la playa en busca de “Azúcar”. Pero frente a esos personajes grises y decadentes —a los que, por otra parte, el narrador no desprecia— hay toda una serie de ellos que parecen oponer resistencia y enfrentarse cara a cara con la vida, como la nadadora que da título al mencionado relato, el tipo que se acerca a Quique Soleil en “Margarita Salvaje”, los ancianos dispuestos a burlar las acechanzas del periodista alemán Leo Bauer en “Los panes y los peces” o los inmigrantes que sobreviven, a pesar de todo, a la desgracia del relato “Bandera negra”.

Como señala la nota de la contraportada del libro, en los nueve relatos de *Humedad variable en el Cabo de San Tadeo* “el horror y el sarcasmo, lo luminoso y lo oscuro o lo cotidiano y lo insólito se dan la mano”, y tal vez esa mezcla tan real de luces y de sombras, junto con la voz potente que nos los cuenta, la consistencia de los personajes y la plasticidad de los lugares en los que suceden sus historias, sea lo que hace que, en definitiva, ese pequeño mundo creado por su autor nos parezca, tan a menudo, de verdad, el mundo, nuestro mundo, lo que a su vez es índice de que quien está detrás de tan bien trabado artificio es un magnífico ventrílocuo, Roberto Villar Blanco, un tipo listo y escurridizo, y quién sabe si no, también, un poco peligroso, capaz de hacernos creer que muñecos como Pipo o como Guti, o personajes como Ángel, Norah o Quique Soleil, son seres de carne y hueso.